



UNIVERSIDAD DE GRANADA

Facultad de Filosofía y Letras

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Antropología Social y Cultural

Responsable de tutorización:
José Antonio González Alcantud

**Potencialidad del patrimonio material más allá del turismo.
El Campus de Cartuja y su patrimonio universitario.**

Maite Touceda Jiménez

Curso académico 2021/2022
Convocatoria Ordinaria

DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DEL TRABAJO FIN DE GRADO

Yo, Maite Touceda Jimenez, con documento de identificación 53820769X, y estudiante del Grado en Antropología Social y Cultural de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, en relación con el Trabajo Fin de Grado presentado para su defensa y evaluación en el curso 2021/2022, declara que asume la originalidad de dicho trabajo, entendida en el sentido de que no ha utilizado fuentes sin citarlas debidamente.

Granada, a 7 de junio de 2022



Fdo.: _____

Resumen: Dentro de los usos sociales del patrimonio el más sonado puede que sea el turístico, pero no es el único. En este trabajo se indaga en el patrimonio universitario como escenario dónde observar otras formas posibles de integrar los bienes patrimoniales en la cotidianidad de la vida de la población local. Para esto se realiza una aproximación etnográfica con miras a estudiar el uso de los espacios que hacen los estudiantes del Campus de Cartuja, perteneciente a la Universidad de Granada. Su objetivo se dirige a identificar el papel que ocupa el patrimonio en la vida universitaria para después elaborar tres propuestas sobre cómo los bienes patrimoniales de este campus pueden funcionar como catalizador de los valores democráticos y de la interdisciplinariedad. Contextualizándolo en el marco urbano, esta aproximación pretende sacar a luz nuevas vías para futuros estudios en el ámbito patrimonial, poniendo el foco en las aportaciones que la Antropología Social y Cultural puede hacer al ámbito material y al estudio de lugares de memoria.

Palabras clave: patrimonio universitario, Campus de Cartuja, patrimonio material, ciudad, interés patrimonial.

Abstract: Within the social uses of heritage the most famous may be the tourist, but it is not the only one. This paper explores the university heritage as a frame to observe other possible ways of integrating heritage assets into the daily life of local population. For this, an ethnographic approach is made with a view to studying the use of spaces made by students of the Campus of Cartuja, belonging to the University of Granada. Its objective is to identify the role of heritage in university life and then to develop three proposals on how the heritage of this campus can function as a catalyst for democratic values and interdisciplinarity. Contextualizing it in the city, this approach aims to shed light on new avenues for future studies in the patrimonial sphere, focusing on the contributions that Social and Cultural Anthropology can make to the material sphere and the study of places of memory.

Keywords: university heritage, Campus de Cartuja, material heritage, city, heritage interest.

ÍNDICE

1. Introducción	1
2. Justificación y objetivos	2
3. Marco teórico	4
4. El Campus de Cartuja y su patrimonio	10
5. Metodología	12
6. Resultados	17
7. Discusión de los resultados	24
8. Conclusiones	37
9. Referencias bibliográficas	39

1. Introducción

“Tradition is no the worship of the ashes, but the preservation of fire”,
frase atribuida a Gustav Malher

Esta cita del músico Gustav Malher hace referencia a un debate que se tratará a lo largo de este texto, las diferentes formas de ver la relación entre los tiempos pasado y presente y cómo se aplican a diferentes conceptos. La tradición podría entenderse como patrimonio inmaterial, pero la cita de Malher nos habla también de su parte tangible y material. Algunas edificaciones y sitios arqueológicos nos hablan de un momento pasado, pero no por ello dejan de explicar nuestro presente o de ser parte de él. Siguiendo este posicionamiento, una catedral gótica no solo serviría para exaltar lo exitosos o talentosos que fueron aquellos que nos precedieron, serviría para entender cómo se ha usado el arte, cómo se usa ahora y cómo se podría llegar a usar.

Ver el patrimonio material como una ventana a un relato del pasado me hace reflexionar sobre el hecho de que es algo que se hizo en el pasado, pero habita nuestro presente, es decir, hace que el marco desde el cual percibimos el paso del tiempo se difumine. De alguna forma creo que cuestiona esa percepción concreta de lo histórico como lineal y qué aspectos de nuestra sociedad se eligen para fundamentar nuestra idea de cómo fueron momentos pretéritos. ¿Nos hablan más de nuestro pasado los monumentos que las normas sociales? Desde una perspectiva holística, ¿sería una visión incompleta si categorizamos el patrimonio material, inmaterial y el presente como tres compartimentos diferenciados? Estos interrogantes hacen que la cuestión de abordar el estudio del patrimonio material desde la Antropología pueda ser muy interesante y enriquecedora.

El patrimonio abarca un amplio ámbito al que podemos acercarnos desde muchas disciplinas y perspectivas. En este trabajo me centraré en analizar, desde la Antropología, los usos sociales de los espacios de una forma más o menos amplia. La problemática general que ocupa este texto es el papel que tiene el patrimonio en las ciudades y cómo actualmente cumple una función de reclamo turístico casi cegadora. Esto supone un obstáculo, ya que su gestión está llevando a fenómenos como la gentrificación, que empeora el día a día de los habitantes locales (G. Alcantud, 2018b). En este sentido, el turismo en su forma actual es una barrera para el ‘derecho a la ciudad’ que defienden autores como Lefebvre (1974) y Harvey (2015). Pese a su impacto negativo, no me posicionaré en el rechazo frontal a este fenómeno, sino desde la idea de que este es solo uno de sus usos que, por sí solo, no abarca todo el espectro de posibilidades que el patrimonio ofrece. Esta situación se presenta de forma peculiar en la universidad, institución que posee bienes patrimoniales que no se destinan a

la explotación turística, sino que se busca que promuevan el conocimiento y/o alberguen servicios de esta institución ¿Qué función cumplen entonces estos bienes patrimoniales universitarios para el alumnado? ¿Puede la forma que tienen los estudiantes de hacer uso de estos espacios patrimoniales tener similitudes con cómo se utilizan el resto de los espacios de la universidad? ¿Hace el alumnado una distinción entre espacios universitarios calificados patrimoniales y los que no? ¿Podrían encontrarse usos patrimoniales más allá del turismo observando la situación del ámbito universitario?

2. Justificación y objetivos

Si partimos de Bauman y su concepto de la sociedad moderna líquida (2005) podemos asentarnos en una base teórica en la que se describe un mundo donde los cambios se suceden en un ritmo frenético, todo se adapta con una maleabilidad vertiginosa. La pandemia del Covid19, las crisis económicas, las subidas de precios y las guerras (fuera o dentro del foco mediático), así como otros fenómenos globales, han acentuado una situación de volatilidad e inestabilidad ya en tendencia ascendente. El nivel adquisitivo que permitiría sobrellevar esta situación de cambio constante solo está en manos de una minoría que, según Bauman (2005), es la única que se ve beneficiada por esta inestabilidad. Mientras, el día a día de muchos sectores sociales se ve afectado negativamente.

Para entender cómo el patrimonio se integra en esta teoría debemos mencionar que este autor argumenta también que todo es objeto de consumo y, por serlo, su valor se modifica (Bauman, 2005). En este sentido el patrimonio no quedaría impune y se vería también integrado en esta lógica. Como producto integrado en un mercado, el patrimonio y la ciudad donde este se ubica se pone al servicio de las demandas del turismo. La estrecha relación en España entre turismo y ocio urbano nos permite observar una desvalorización de la cotidianidad de los habitantes de las zonas urbanas y una transformación de las funciones actuales del patrimonio (G. Alcantud, 2018b).

Para profundizar en este fenómeno he elegido el patrimonio material (museos, patrimonio arquitectónico y arqueológico, jardines históricos, etc.) por muchas razones. Entre ellas están las particularidades de su relación con la ciudad y la construcción del espacio, sobre todo si tenemos en cuenta cómo funciona como marco social de la memoria. Para desarrollar y fundamentar esto me baso en el trabajo de Maurice Halbwachs (1994). Estas ciudades funcionan como espacios públicos

que albergan la colectividad (Bergson, citado en G. Alcantud, 2018b), espacios que nos muestran la complejidad del desarrollo de la vida local, sobre todo teniendo en cuenta la estrecha vinculación entre los espacios públicos y relaciones sociales en el caso andaluz (Cantero et al., 2000). Otra de mis razones para centrarme en este campo es la falta de estudios que estructuren conjuntamente ciudad, patrimonio y universidad desde una perspectiva antropológica, a lo que se une la ausencia de esta disciplina en el estudio de lo material en la literatura patrimonial (G. Alcantud, 2012).

Son también dignas de mención las estrategias de adaptación de, por ejemplo, algunas instituciones museísticas como el madrileño Museo del Prado o la National Gallery de Londres. Estas han visto un nicho de audiencia en potencia en las principales redes sociales como Tik Tok. Ambas tienen un perfil oficial mediante el que muestran las obras de sus exposiciones, ya sea para destacar la técnica artística o la relevancia del contexto histórico como para hablar sobre procesos de restauración. Esto forma parte de un impulso de la democratización y fomento del conocimiento más allá de la simple contemplación y, aunque no fomente la especulación (G. Alcantud, 2018b), nos habla de las nuevas transformaciones de la sociedad del espectáculo (Debord, 1967).

Al fin y al cabo, esta divulgación del conocimiento se dirige a un público digital deslocalizado. A raíz de esto he reflexionado sobre la posibilidad de impulsar iniciativas que no se dirijan al público global de forma directa, sino que pongan su mira en la población local. Con la realización de este trabajo me planteo estas otras posibles formas de adaptación en la situación actual del sistema globalizado en el que vivimos a los casos micro con sus particularidades y necesidades específicas. Con mi trabajo pretendo aportar alternativas más aterrizadas, formas en las que se puedan conocernos más a fondo como sociedad y producir una memoria social y colectiva (Halbwachs, 1968) de forma consciente, además de fomentar la participación e implicación ciudadana a nivel local.

El patrimonio universitario me pareció una buena esfera para concretar todo esto por las amplias posibilidades que ofrece y por lo mucho que se suele pasar por alto. Esta potencialidad recae en la calidad y cantidad de investigadores de los que dispone la institución universitaria y cómo se conecta con la sociedad a través de su alumnado. Como comprobaremos, este tipo de patrimonio es un gran desconocido para el sector mayoritario de esta institución, el alumnado. Además, la institución en sí misma incide, transforma y acompaña en los cambios al resto de tejido urbano (Cabrera, 2017). Esta situación se presenta como un escenario privilegiado para observar la vida y el dinamismo de los espacios en los que me focalizo en este trabajo. El motivo de la elección del Campus de Cartuja es por su legado patrimonial (Monasterio de Cartuja, Albercón del Moro,

Colegio Máximo, etc.), su importancia en la ciudad como la tercera colina de la capital granadina y que en este campus se localizan grados muy relacionados con el ámbito patrimonial como son Historia del Arte, Arqueología, Documentación o Antropología Social y Cultural, además de otros estrechamente relacionados con lo social que podrían enriquecerse de conocer lo que el patrimonio material puede ofrecer. Son los casos de los grados de la Facultad de Ciencias de la Educación entre otros.

Estudiar cómo se desarrolla el uso patrimonial de los espacios actualmente en el campus y cómo es percibido por el alumnado me parece una forma idónea para sentar las bases sobre las que planificar reformulaciones futuras de su uso. Para ahondar en cómo se podría hacer para que sea un espacio de provecho tanto para el conjunto de la comunidad universitaria como para el resto de la población granadina.

Objetivos:

- Analizar los usos del espacio de una facultad del Campus de Cartuja por parte del alumnado de carreras asociadas a las ciencias sociales y humanidades.
 - Comparar la situación de los usos de espacios patrimoniales y no patrimoniales en este contexto concreto.
 - Indagar en las propuestas teóricas de cómo el patrimonio material puede mejorar el bienestar y la participación social de la población local.
 - Indagar en la relación entre ciudad, universidad y patrimonio material a través del Campus de Cartuja.

3. Marco teórico

El concepto de patrimonio cultural ha derivado en un amplio abanico de corrientes teóricas y categorizaciones. Entre esta multitud de definiciones tenemos algunas como la de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, Ciencia y Cultura) que define patrimonio cultural como *“a la vez un producto y un proceso que suministra a las sociedades un caudal de recursos que se heredan del pasado, se crean en el presente y se transmiten a las generaciones*

futuras para su beneficio.” (UNESCO, 2014, 132). Esta organización también destaca su fragilidad debido a su singularidad y a no poder recuperarse una vez destruido. Por otro lado, María Ángeles Querolt lo define como “*el conjunto de bienes muebles, inmuebles e inmateriales que hemos heredado del pasado y hemos decidido que merece la pena proteger como parte de nuestras señas de identidad social e histórica.*” (Querolt, 2010, 11). Pese a sus semejanzas con la definición anterior, esta autora añade el matiz de la atribución de significados por parte de la sociedad.

En relación a su dimensión social podemos ver diferentes posturas. Algunas de ellas conciben que el patrimonio posee un valor innato, lo que también conlleva la atribución de pasividad y estatismo, como es el caso de lo que Laurajane Smith (2011) llama el “Discurso Patrimonial Autorizado”. Mientras Prats (2005), por ejemplo, emplea el concepto de patrimonio como un sistema de representación, a diferencia del discurso patrimonial autorizado, pone en el centro de la definición el papel de la sociedad y los grupos de poder en los valores atribuidos a este concepto.

El patrimonio es un reflejo de la pluralidad cultural a través del que podemos observar diferentes problemáticas que atraviesan nuestras sociedades actuales (G. Alcantud, 2012). En él los valores y significados se definen y se relacionan con narrativas y formas de pensar el mundo que van más allá de las propias obras o monumentos (Smith, 2011). Por lo tanto, podemos entenderlo como algo que se crea (Bendix, 2009 citado en Smith, 2011) argumento que puede verse reforzado al recorrer las transformaciones por las que ha pasado a lo largo de la historia (G. Alcantud, 2012, 11). Instituciones como el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (IAPH) también apoyan este posicionamiento, al menos en su discurso. Esta institución describe el ámbito patrimonial como subjetivo y dinámico, también defiende que los valores que se le atribuyen son igual o más importantes para entenderlo que su parte tangible (IAPH, 2018).

Pasando a concretar las categorizaciones del patrimonio cultural, decir que son casi tan vastas como el número de definiciones. No mencionaré demasiadas por la extensión limitada, me centraré en especificar los conceptos que emplearé y en qué línea teórica están situados. Hay un gran debate teórico a colación del patrimonio inmaterial debido al rédito económico que se hace de los aspectos culturales que reciben este nombre, entre otras cuestiones. En este texto me situé en la línea de lo que se entiende como patrimonio vivo, ya que engloba mejor el carácter dinámico de la cultura y además abre la puerta a encontrar un equilibrio que no deje completamente fuera su función turística (G. Alcantud, 2018b). También me parece un término acertado debido a que por muy abstracta que una práctica sea siempre tiene una relación con lo tangible o material, por el espacio

en el que se lleva a cabo, la ropa que se usa, las herramientas, el producto de una técnica artesanal, etc.

El término de patrimonio material lo usaré para hablar de un grupo de bienes entre los que están aquellos que se enmarcan en el patrimonio arquitectónico, sitios históricos, jardines históricos, patrimonio arqueológico y artístico, ya que es ahí donde centraré mi objeto de estudio al relacionarlo con el uso de los espacios urbanos y universitarios. Que haga referencia a su dimensión tangible no significa que deje de lado la conceptualización antes descrita sobre las connotaciones sociales del patrimonio ya que, como apunta Prats (2005), dependiendo de la actitud con la que se emplee, el patrimonio edificado puede llegar a obstaculizar el desarrollo de la potencialidad creativa y participativa. Lo cual evidencia que hay que prestar atención para no caer en viejas trampas que nos harían calificar la parte material del patrimonio como vacía de significados sociales.

Actualmente lo patrimonial se concibe tanto dentro de las colecciones privadas como un elemento público, siguiendo una línea que exalta su pertenencia colectiva hasta el punto de que puede ser intervenido por el estado si es etiquetado como BIC (Bien de Interés Cultural). Pero, ¿cuáles son los criterios para determinar que algo es de interés social? Ballart (1997, citado en Querolt, 2010) expone tres categorías por las que se le da valor al patrimonio. Estas son “de uso”, “formal” y “simbólico”. Si nos centramos en la primera, podemos concretar en que los usos pueden ser de visita (el uso turístico por excelencia), de vida (las personas que viven dentro de los centros históricos o viven colindando con estos bienes), y uso de trabajo.

Pero eso no es lo único que se ha designado como fundamento para la atribución de valor a estos bienes, la contribución de Riegl (1903) integra la dimensión en la que el valor histórico de los monumentos es asignado por el hecho de permanecer al pasado y valor artístico por sus cualidades estéticas, a esto se le suma un añadido dado por la antigüedad temporal y la singularidad del objeto en cuestión. Pero de entre todos los artículos que entrarían en estas características, Riegl (1906) expone que el criterio de elección se asocia con la concepción evolucionista del relato histórico. De esta forma, del gran número de vestigios tangibles que nos han llegado a nuestros días, solo se ponen en alza monumentos pertenecientes a aquellos períodos que se cree que influyeron de forma especial en el rumbo de la historia. En este relato histórico los puntos que se marcan como esenciales y desde qué perspectiva se interpretan pueden variar según el contexto.

Los usos y significado concretos de un bien difieren en cómo se interpretan diferentes monumentos o la narrativa que se hace de ellos. Por ejemplo, la relación de los bienes patrimoniales

con la identidad nacional no se afianzó hasta el periodo del romanticismo, o no se valoraba la memoria social hasta que esta empezó a coger fuerza en diferentes áreas del debate académico y político. Las épocas pasadas dejan inscripciones de todo tipo en los espacios, de forma que se suman y se van modulando para adaptarse a los nuevos contextos (Lefebvre, 1974). Siguiendo esta argumentación, podemos ver que el patrimonio como símbolo y potenciador de la identidad no ha desaparecido al sumarse el carácter de recurso turístico. Por lo que todo esto son factores que debemos tener en cuenta.

El patrimonio material es tratado habitualmente como vestigio del pasado. Con el pretexto de conocer los orígenes de las sociedades actuales, aparecen exaltaciones de diferentes identidades territoriales. Por veces parece que el patrimonio es una vía privilegiada para conocer este pasado, para legitimar la construcción del relato de la memoria de una población. Para entender esta dimensión de nuestro objeto de estudio debemos pararnos en el concepto de memoria. Este puede ser un arma de doble filo según como se defina. A la memoria pueden seguirle muchos apellidos: histórica, individual, social o colectiva son algunos de los más populares. En cuanto al uso de memoria histórica, veo importante destacar la problemática que supone aludir a la historia como una narración única y verdadera. Podemos ver esta concepción en iniciativas como la Ley de memoria histórica española (Ley 52/2007) y pueden servir sus fallos también como puntos a vigilar para no caer en lo que señalan autores como Jósean Larrión (2008), que nos advierte de los peligros de hacer una reinterpretación que caiga en el mismo esquema. Se relataría entonces una nueva historia que seguiría las características de las anteriores, por lo que inevitablemente estaría distorsionada ya que dejaría fuera la idea de que no existe una historia universal.

La gestión y el estudio de lo patrimonial ha asumido las lógicas de la objetividad del relato lineal de la historia, de una narración que responde una elección de lo que se trae al presente respondiendo al discurso que se quiere elaborar (Smith, 2011). Pensadores como Maurice Halbwachs (1968; 1994) o Augé (1998) y literatos como Jorge Luís Borges, han reflexionado sobre el olvido, el recuerdo y la memoria, todos ellos bajo el supuesto de que ninguno de estos conceptos se acerca a lo que el mundo de las ciencias considera "objetividad". La teoría de Halbwachs (1968) argumenta que hablar de memoria histórica no es lo óptimo, ya que esto da a entender la existencia de un único relato histórico verdadero. Este mismo autor pone en alza que la memoria, ya sea colectiva o individual, va variando según el momento y la persona debido a que es fruto de lo que se olvida y lo que no en un momento concreto. Augé (1998) dice algo semejante, argumenta que se debe tener presente que si queremos recordar algo no lo haremos de forma pura, los recuerdos se ven

modificados por aquello que los hace llegar al presente y por ser observados desde las lentes del paso del tiempo. Con cierta similitud en la argumentación, Borges plantea en su cuento “Funes el memorioso” que recordarlo absolutamente todo haría imposible tener pensamientos, ya que estos son el fruto de un *collage* de recuerdos concretos. Según estos autores se podría entender qué pensar es algo selectivo y que necesita de la marginalización, por momentánea que sea, de ciertas partes de la realidad.

Por lo tanto, entendemos que las memorias son plurales, fuera de una interpretación libre, se marchitan y empobrecen (Halbwachs, 1994). Están en constante revisión, adaptándose a las realidades en las que vivimos, la manera en la que traemos al presente experiencias individuales o colectivas está muy influenciada por cómo percibimos nuestra situación actual. Si aplicamos esto a la esfera que nos ocupa, podríamos decir que como la memoria universal, que desde algunas perspectivas se supone qué es lo que la historia debe representar, no existe (Halbwachs, 1968). Entonces, la interpretación del patrimonio material no va tanto en relación con el pasado al que un espacio nos remite, sino a cómo lo enmarcamos en la cronología contemporánea y qué lugar ocupa en el imaginario y la ciudad de ese momento.

Hablamos del espacio como agente, testigo y protagonista. Un espacio, en nuestro caso urbano, que pertenece a todos los que los pisamos, de este postulado es de dónde nace, en parte, la narrativa que rodea al derecho a la ciudad que Harvey (2015) exalta y profundiza partiendo de la aportación de Lefebvre (1974). Pero este choca con otros aspectos considerados como derechos y libertades. Así mismo, hay ciertas gestiones de ordenación y administración de la ciudad que implican que este derecho se vea mermado o empobrecido, poniendo por delante otras prioridades. Este tipo de gestiones no solo van en la línea del turismo de masas, tenemos ejemplos como la haussmanización parisina que son muestra de cómo la ciudad se convierte en un puzzle estratégico sirviéndose de la influencia sobre la ordenación espacial de una urbe (G. Alcantud, 2018b). La ciudad está viva, pero no por sí sola, por lo que es necesario atender a los fenómenos sociales que ocurren en ella para abordar su organicidad.

El turismo se entiende en estas páginas como un “desplazamiento temporal fuera de nuestra residencia habitual por motivos de ocio” (Prats, 1997, citado en Querolt, 2010, 472) que se presenta como un fenómeno de masas desde la segunda mitad del siglo XX y ha ido adoptando formas muy diversas aunadas en un grupo por compartir las características comunes de estar orientadas al ocio y debido a su temporalidad. Se incluyen desde el turismo de sol y playa hasta el turismo cultural entre

otros muchos ejemplos (Querolt, 2010). Desde principios de los años 2000 ha ido cogiendo fuerza en diferentes instituciones la intención de potenciar un turismo sostenible en todas sus manifestaciones (Velasco, 2009), pese a que hay otras perspectivas que abogan porque el turismo no es sostenible en ninguna de sus formas, proponiendo la mitigación de su impacto y lidiando con él a través de un equilibrio (G. Alcantud, 2018).

Pero a pesar de cierta variabilidad hay algo común en mayor o menor medida en todos los autores trabajados en esta revisión de la literatura. Todos afirman que el turismo no desaparecerá y todos también señalan su parte negativa, vista en los impactos que ha estado teniendo, ya sea para la ciudad o para el patrimonio, desde su aparición como fenómeno de masas. Pero no para todos los autores tiene un impacto enteramente perjudicial. Querolt (2010) apunta que la atención que el fenómeno turístico llevó al patrimonio funcionó como catalizador para que las administraciones empezasen a fijarse en más utilidades que este último pudiese tener. Velasco (2009) defiende el turismo como un uso social del patrimonio igual de importante que el resto, pero insiste en que también puede ser un grave problema. Esta última autora también habla de cómo el imaginario social de los propios ciudadanos le ha atribuido la etiqueta de recursos turísticos al patrimonio. Prats (2011) no renuncia a la idea del patrimonio como motor económico, pero pone en relieve que en numerosas ocasiones no es lo más oportuno y hay otras vías más prácticas para impulsar el desarrollo de una localidad.

Al fin y al cabo, cuando hablamos de turismo no debemos perder la perspectiva de que en ocasiones los propios turistas escapan de la mala calidad de vida y la gentrificación en sus ciudades, derivadas en parte del turismo. Buscan atisbos de novedad y autenticidad en otras zonas no conocidas. Con esto se consigue una especie de limbo temporal como un método de intentar detener la volatilidad característica de las sociedades modernas líquidas, pero que a la vez se sumerge en sus lógicas (G. Alcantud, 2018b). Siguiendo esta teoría de la vida líquida, se estaría intentando tapar una insatisfacción del “yo” consigo mismo y con su situación (Bauman, 2020). Pero esta búsqueda de naturalidad se diluye en las aglomeraciones y contaminación visual que hace que, tanto en la ciudad de la que se escapa como en la que se llega, puedan crearse elementos que buscan remitir a la tradición que se presenta como viva pero que en realidad son creados y mantenidos con el fin del consumo turístico (Querolt, 2010). De este falseamiento de la realidad urbana también habla Colom Cañellas (2010) en relación a cómo el consumo y las reglas del mercado modelan la ciudad, por lo que vemos que el turismo es un fenómeno integrado en sistemas más amplios. Uno de los puntos de

desahogo propuesto por Cañellas para esta situación está en la educación de los consumidores, sobre todo en relación al consumo cultural.

Manteniendo el punto de partida en la idea de que el patrimonio sigue teniendo que convivir con el turismo, Prats (2011) expone ciertas situaciones donde considera al patrimonio como un activo turístico viable. La primera corresponde a cuando los bienes patrimoniales son considerados lo suficientemente conocidos y valorados por sí solos para atraer visitantes, la siguiente situación corresponde a cuando el atractivo es inferior al primer caso pero la ciudad donde se ubican tiene otros motores económicos gracias a los cuales la población tiene la estabilidad económica suficiente para invertir en visitas al patrimonio local, y la tercera situación se aplica a los lugares con otros atractivos turísticos que funcionan por sí solos a los que se les puede incluir la actividad patrimonial como una especie de bonus. Estos contextos pueden coincidir entre ellos o solaparse. Sin embargo, decir también que aunque sean viables en términos económicos no quiere decir que no dejen igualmente mella en los paisajes urbanos, cada vez más inmersos en las lógicas del consumo (G. Alcantud, 2018b).

De cualquier forma, por mucho que el turismo tenga ese impacto económicamente positivo, no es la población local quien se beneficia de ese superávit ni la que elige en qué se invierte. Punto que para Harvey (2015) supone una evidencia más de que no hay una capacidad de organizar democráticamente el proceso de urbanización y, por tanto, tampoco se ha llegado al derecho a la ciudad, ya que todo este excedente sigue cayendo en manos de entidades privadas. Esto no es algo menor, un punto clave para encontrar una especie de paz entre el turismo y las ciudades es asentar un proceso más democrático en el que las decisiones se tomen desde el conocimiento y la responsabilidad (G. Alcantud, 2018b).

4. El Campus de Cartuja y su patrimonio

En este apartado se profundizará en el caso concreto que se aborda en este trabajo. Se hará un recorrido por el Campus de Cartuja para profundizar en cómo en él se entrelazan ciudad, patrimonio y universidad. El patrimonio universitario destaca por ir más allá de lo histórico, artístico o científico ya que está en contacto constante con la docencia a la vez que nos habla de la misma, siendo especialmente visible su componente vivo y activo (Bellido y García, 2018).

La Universidad de Granada posee muchos bienes muebles e inmuebles dispersos por la geografía de la ciudad (García, 2020). Si acotamos la mirada al patrimonio universitario del Campus de Cartuja se puede ver cómo se diluye con el resto de las edificaciones, pasando en numerosas ocasiones desapercibido. Suele ser pasada por alto también su historia como tercera colina de Granada, no teniendo en cuenta el significado histórico que eso conlleva. Este campus llegó al Cercado Alto de Cartuja en la década de 1970 como respuesta al crecimiento de la universidad (Crónicas de un paisaje, 2018). Actualmente, dentro de este campus encontramos un centro de investigación, dos residencias de estudiantes y siete facultades entre las que se imparte docencia de muchos grados dedicados al estudio de ciencias sociales, educación y humanidades. El complejo cuenta con dos de los BICs que tiene esta universidad: el Colegio Máximo y el complejo alfarero de época romana. Propiedad de la iglesia, en el complejo del campus encontramos otro BIC, el Monasterio de Cartuja (García, 2020). Pero estos no son los únicos inmuebles patrimoniales que podemos ver en el campus, desde el Observatorio Astronómico hasta el cementerio de los jesuitas hay muchos grandes ausentes al hablar de la riqueza patrimonial de la zona, y ya sin mencionar aquellos bienes muebles repartidos por las facultades del campus como las rotativas de la Facultad de Documentación, los archivos o los museos de la Facultad de Farmacia, entre otros.

Desde que se fundó en el complejo de Cartuja, la Universidad de Granada no ha dejado de crecer, cada vez el campus se amplía más en el número de estudiantes y en su oferta de actividades. Es esta una de las razones por las que me parece importante hacer este repaso histórico, conocer cómo se compone el campus para saber cómo los nuevos cambios atraviesan su historia material. Cómo la vida material se entrelaza con la vida estudiantil y cómo aquellos lugares ocupados por los jesuitas y tantos otros grupos hoy son transitados por los nuevos miembros de la universidad que, de una forma u otra, también están pasando a formar parte de la historia de este lugar y de esta institución. La institución universitaria y su patrimonio se percibe como una seña más de identidad de la ciudad, en sus edificios queda marcado el crecimiento y modificaciones urbanas, por lo tanto, está plagada de espacios en los que distinguir transformaciones pasadas y conjugar las futuras (García, 2020).

En estos últimos años se ha puesto más atención en el patrimonio del campus, sobre todo desde las reclamaciones de algunos docentes. Desde el rectorado se han impulsado actividades en diferentes centros como la Madraza o en el Hospital Real. Tras el reclamo de acción firmada por diversos docentes en relación con el buen cuidado y mantenimiento del campus, desde el vicerrectorado se impulsó en 2018 el Proyecto Campus de Cartuja y el Proyecto general de

investigación Campus de Cartuja. Los objetivos de estos proyectos consistían en buscar un mejor conocimiento de los bienes del campus en relación a la investigación, pero también en su difusión para el resto de la población granadina. Se realizaron conferencias, catálogos, exposiciones y cuadernos técnicos alrededor de la temática del patrimonio del Campus de Cartuja.

La Universidad de Granada también está integrada en “Atalaya3D”, iniciativa que comparten con otras universidades andaluzas. Consiste en una aplicación para teléfonos móviles desde la cual se pueden explorar de forma digital los diversos rincones de las facultades y demás infraestructuras de las universidades, además de tener códigos QR que pueden escanearse desde la cámara del teléfono móvil al llegar a alguno de estos lugares y que te proporcionan la información histórica y el uso actual. En la aplicación se pueden encontrar también catálogos virtuales, colecciones universitarias y un listado de artistas vinculados con estas universidades y las obras de los mismos que estas instituciones poseen. Otra abundante fuente de documentación sobre el patrimonio de la UGR es la página Web del Vicerrectorado de Patrimonio. En ella se pueden encontrar las colecciones universitarias y otros materiales, algunos de ellos audiovisuales, en los que expertos de la comunidad universitaria granadina nos hablan sobre diferentes edificios acompañando la narración de imágenes. Fomentar esta página web entraba en los objetivos del Vicerrectorado de Extensión Universitaria para mantener al día la actividad patrimonial de la UGR, a la vez que también se propuso que mantuviera activa la difusión de conocimiento a través de la publicación de una “obra del mes” (García, 2020).

Ya hemos visto la dedicación de recursos hacia el conocimiento del patrimonio de la Universidad de Granada, así como la intención de que este patrimonio esté integrado en el día a día de los estudiantes. Pero ¿ha llegado esta difusión al resto de la comunidad universitaria? ¿Ha hecho esta inversión de recursos para que el patrimonio se integre en la experiencia universitaria? ¿Tienen algún significado especial estos lugares para el alumnado?

5. Metodología

Este trabajo representa una aproximación etnográfica. Partiendo de la base de una etnografía, un enfoque basado en el estudio de lo concreto desde una perspectiva holística (Rockwell, 2008; Olmos, 2016). Siguiendo estas premisas, el estudio que se expone es cualitativo y se centra en una situación concreta, el tipo de usos de los espacios universitarios de dos facultades del Campus de

Cartuja. Me centro, sobre todo, en la Facultad de Filosofía y Letras, pero también indago en la Facultad de Odontología y Documentación. La elección de estos espacios se debe a las limitaciones de tiempo y recursos. No es una muestra completamente representativa ya que, como mencioné al inicio, es un estudio que como aproximación se podría considerar preliminar. Ante la falta de materiales sobre este fenómeno concreto en la producción académica, esta indagación se hace partiendo desde cero. El trabajo de campo que se plasma aquí correspondería con el inicio de un camino más largo y amplio.

Partiendo de la base de la relación entre patrimonio, ciudad y universidad es una relación basta y compleja el primer paso que consideré oportuno para empezar a estudiar esta interconexión fue observar cómo se desarrolla hoy en día la vida de los estudiantes en la Universidad de Granada. Esto permitiría después ver cómo los otros dos puntos (ciudad y patrimonio) aparecen representados en los comportamientos que se hayan identificado. En la parte final de discusión, tras presentar el cómputo de resultados principales de este estudio preliminar sobre la vida del campus, concretaré puntos en los que he visto que se podría seguir trabajando por ser indicadores de las problemáticas que atraviesan al campus o por ser potenciales vías de catalizar funciones del patrimonio alternativas al turismo.

Los datos que me parecen claves para conocer la situación actual son: saber qué se hace en cada lugar, quién lo hace y por qué lo hace; qué se dice sobre la relación entre los espacios urbanos, patrimoniales y universitarios; y conocer demandas del alumnado y ausencias. Para conocer esta realidad, me he servido de algunas de las herramientas que aporta la etnografía que han sido la observación participante, las entrevistas y, por último, los grupos de discusión (Pujadas, 2010).

El trabajo de campo se ha planteado de forma que, primero, se lleve a cabo una observación participante (Pujadas, 2010) en las facultades de Filosofía y Letras y Documentación y Odontología (Colegio Máximo). Mediante esta observación se pretende apreciar los detalles que tantas veces pude pasar desapercibidos. Para planificar esta observación atendí a las contribuciones de **Fernández de Rota (2001), y su perspectiva hermenéutica**, para ubicar el espacio dentro de las interacciones observadas. Aunque este autor se centre en una perspectiva muy enfocada a conocer el pasado histórico urbano, también hace aportaciones enriquecedoras que me han ayudado a ubicar el espacio como un agente más en interacción social con el resto. La entrada al campo no supuso un problema debido a que estaba entre mi grupo de pares, pero aparte de los beneficios, también supuso un esfuerzo de observación consciente de un espacio y de unas dinámicas que asumo como propias y tengo normalizadas. Para percatarme de todos aquellos detalles que había integrado

durante los cuatro años que llevo acudiendo a este campus realicé una exploración documental que se basó en buscar información y documentarme sobre todas aquellas zonas del campus que no conocía y sobre su historia. Después, a la hora de llevar a término la inmersión en el campo, sumé el extrañamiento consciente como un instrumento metodológico que me ayudaría a ahondar más en los significados de aquello que observo y a no dar ciertas pautas o acciones por sentado, cuestionándome así el porqué de actitudes y comportamientos presentes en mi cotidianidad (Olmos, 2016).

El segundo paso corresponde con las entrevistas, donde busco conocer las perspectivas de diferentes docentes para observar nuevos prismas, ver la realidad más allá del alumnado y a la vez conocer otras perspectivas del comportamiento de este. También saber cómo se percibe el patrimonio universitario de Cartuja desde la didáctica práctica del patrimonio de dos personas que han estado durante años inmersas en docencia en materias relacionadas con el patrimonio y que fueron recomendados por mi tutor. Para componer el protocolo guía de estas entrevistas, realicé una parte general común para los dos entrevistados en calidad de docentes y otra segunda sección más centrada en la disciplina en la que trabajan, su ámbito de especialización y la producción académica que he revisado de cada uno. Las entrevistas se planearon respondiendo a un formato semiestructurado (Pujadas, 2010).

A estas entrevistas se les añade una más realizada a un alumno del grado de Antropología Social y Cultural nacido y residente en Granada. Esta entrevista se realizó en formato de entrevista no estructurada (Pujadas, 2010) solo delineando las temáticas correspondientes a cómo se vive la ciudad, la universidad, las ideas que se tienen sobre el patrimonio y sobre la participación social. La finalidad de esta entrevista es ir más preparada a los grupos de discusión. Saber cómo respondía un alumno y ver si surgían cosas nuevas que, ligadas con la observación, suscitasen otros campos interesantes que podrían no haberseme ocurrido o que podía haber pasado por alto.

Con las aportaciones teóricas de la revisión de la literatura y los puntos claves vistos durante la observación y en las entrevistas llega el momento de los grupos de discusión. Los puntos temáticos y cuestiones a tratar que componen el protocolo corresponderán con aquellos puntos clave que haya visto en los pasos anteriores, de forma que pueda conocer más a fondo cómo se entrelazan discursos, comportamientos, significaciones de los espacios y planteamientos teóricos. Esta herramienta permitirá entender mejor los significados que se le dan al espacio de forma colectiva, ya que esta técnica de recogida de datos se centra en identificar discursos de forma grupal más que aspectos individuales (Mena y Méndez, 2009).

Los grupos de discusión se harán con personas de los grados de Antropología Social y Cultural, Historia del Arte y Arqueología. La elección de estos grados se debe, en primera instancia, a su relación con el patrimonio y el campo de las ciencias sociales y humanidades. De forma más específica decir que he elegido trabajar con alumnos de Antropología debido a las aptitudes, sensibilidades e intereses que se les atribuyen por la elección de este grado, la de alumnos de Historia del Arte responde a la oportunidad de conocer la visión también desde un campo tradicionalmente en un contacto muy estrecho con el patrimonio (a lo que se le sumó el anuncio del traslado de su grado al V Centenario, las resistencias que esto provocó y lo que nos dice de los significados del espacio), y por último la presencia de estudiantes de Arqueología va en consonancia con la vinculación de este área del conocimiento con el campo del patrimonio de forma general, pero también por estar en contacto directo durante sus prácticas con uno de los BIC del campus, el complejo alfarero romano.

Los grupos están diseñados para que haya una característica común que aúne a todos los participantes (Barbour, 2013), en este caso el grado, dejando que después se presente una variedad más amplia de perfiles y que así la muestra pueda aunar más perspectivas. El rasgo común entre los integrantes de los tres grupos es que comparten el espacio de la facultad, este factor común será útil para comparar los factores y significados que aparezcan y cuáles son las similitudes y aspectos diferenciales (Barbour, 2013). Los grupos constan de alrededor de 6 participantes, número habitual en este tipo de herramienta de investigación (López, 2010), para que las voces sean plurales pero que haya tiempo para que cada participante exponga un discurso en profundidad en la medida de lo posible.

Para encontrar participantes para formar los grupos de discusión he usado diferentes métodos. Para construir el relativo al grado de Antropología Social y Cultural he tenido fácil acceso a la muestra dado que yo misma pertenezco a ese grupo, los estudiantes son compañeros de clase pertenecientes a los grupos de tercer y cuarto curso. En el caso de Arqueología, usé una técnica de bola de nieve, a través de conocer a una persona relacionada con alumnos de este grado pude obtener su contacto. A través de estas dos personas llegué a otras que se ajustaban al perfil, de forma que se estableció un grupo más o menos heterogéneo. Dentro de la característica común de haber cursado o estar cursando Arqueología, tres personas están en el último año del grado y dos terminaron el curso 2020/2021 y ahora siguen en la Facultad de Filosofía y Letras en el Grado de Historia, en este grupo hay personas que realizaron las prácticas en el marco de los bienes patrimoniales de Cartuja (en el complejo alfarero romano) y otras que cursaron las prácticas de

forma externa, por lo que se representan ambas posiciones. En el caso del grupo de discusión orientado al alumnado de Historia del Arte, me puse en contacto con los participantes a través de un encuentro informal espontáneo en la facultad. Tras haber reconocido a un grupo que antes había visto en protestas realizadas por este grado, en las que ahondaremos al exponer los resultados, me acerqué a proponerles participar en una conversación explicándoles la naturaleza de la propuesta en cuanto a forma y contenido. Aceptaron participar y me compartieron sus datos de contacto para organizar el encuentro.

La metodología empleada para el análisis de los resultados del trabajo de campo la he dividido en tres momentos: codificación, ordenación y discusión. Una vez reunidos todos los documentos relativos a la información producida durante el trabajo de campo, que empezó en febrero de 2022 y terminó a finales de mayo del mismo año, llega el punto de agudizar los códigos temáticos y establecer conexiones más sólidas. El material relativo a dos de las entrevistas y a las notas del cuaderno de campo ya fueron trabajadas para realizar el protocolo de los grupos de discusión, pero en este punto se vuelve a ahondar en ellas con otros fines. Una vez con todo el material revisado, la información se ordena en diferentes archivos titulados según los códigos: Patrimonio, Patrimonio del Campus, edificio Filosofía y Letras, Colegio Máximo, actividades en el espacio universitario de Cartuja, ocio, ciudad y proyecciones de futuro. Hecho esto quedan los materiales originales y, además, estas carpetas con citas y apuntes extraídos de los documentos iniciales (teniendo en cuenta que la misma información puede coincidir en varios códigos a la vez).

Hecha ya esta codificación se pasa a ordenar los resultados siguiendo una estructura de temas y asuntos, de forma que se van exponiendo asuntos y cómo estos son atravesados por los temas definidos (Wright, 1961). Se establecen tres temas principales que corresponden a los usos y espacios de la Facultad por parte del alumnado, los usos de espacios patrimoniales y cómo se enmarca esto en el espacio urbano. Estos tres hilos principales se van ejemplificando por medio de diferentes asuntos identificados en la codificación. Estos asuntos son tales como las protestas o las formas de ocio. Para terminar, queda la fase de la discusión de los resultados, este corresponde a un punto final donde, tras exponer lo observado sobre parte de la realidad de la vida en la Facultad de Filosofía y Letras, hago un repaso por aquellas significaciones de los espacios apoyándome en aportaciones de la revisión crítica de la literatura y que nos dice lo visto hasta ese momento sobre cómo se puede ayudar a impulsar nuevas formas de entender e incorporar el patrimonio en la cotidianidad. Nuevas formas en las que, más allá de su función turística, el patrimonio material puede ser un espacio plenamente vivo y funcional para la población que lo transita a diario. Este

último punto no corresponderá a conclusiones cerradas de lo visto en el trabajo de campo, sino a exponer futuras posibles vías de investigación que han surgido durante la realización del cómputo del trabajo que se refleja en estas páginas.

6. Resultados

Si valoramos el interés que el alumnado tiene hacia el patrimonio por medio del uso que se hace de él, veremos que es altamente escaso. Pasemos a ejemplos concretos. De los grupos de alumnos con los que he establecido contacto, en ninguna ocasión se tenía conocimiento de la existencia del Observatorio Astronómico de Cartuja. Este tampoco es considerado patrimonio del campus por los proyectos que se han hecho para promocionar el patrimonio del campus, por lo que podemos decir que más que una parte de su historia se considera una infraestructura más dentro del complejo.

En el caso del Albercón del Moro y el mirador contiguo, su uso es completamente lúdico. Aquellos que lo conocen o que han estado allí ni siquiera han visto los restos, y tampoco son accesibles. La mayoría del alumnado consultado no lo conoce en calidad de Albercón, sino de mirador con vistas en el que es habitual ir a hacer “botellón” o a “echar unos litros”. Al situarse en la parte alta del recinto del campus, que ya de por sí se presenta en una colina, se atribuyen las razones por las que no se ha visitado a la lejanía geográfica y a la traba que suponen las cuestas que hay que subir. Los cinco alumnos que lo han visitado y las personas a las que conocen con las que han ido comparten las características de que viven en el barrio del cercado bajo de cartuja o por zonas colindantes.

En referencia al mirador, hay una pequeña edificación de libre acceso que está llena de grafitis y pintadas, con restos de basura en su interior, distando mucho de lo que se presenta en los buscadores cuando lo buscas por imágenes. En uno de los casos, una alumna del Grado de Literaturas Comparadas (cursado en la Facultad de Filosofía y Letras) destacó que le gusta que esté en ese estado y que en más de una ocasión se han parado a observar lo que había escrito en sus paredes imaginando que podría ser de las personas que hicieron esas pintadas. Si buscamos las opiniones en internet se observan múltiples imágenes de gente joven y de las vistas panorámicas a la ciudad. En varias ocasiones, los usuarios comentan con el fin de señalar que las indicaciones que da el buscador de Google Maps para llegar a este punto son erróneas. Se menciona también que el Albercón del Moro no se puede ver, pero sí que se puede ver por el mirador y la zona delantera.

El Colegio Máximo de Cartuja fue declarado Bien de Interés Cultural en 1983, pero se adaptó como escuela de Odontología entre finales del siglo XIX y principios del XX (Bellido y García, 2018). Hoy, persiste la Facultad de Odontología a la que se le ha sumado la Facultad de Documentación dividiendo el edificio en dos, con una clara separación entre ambas esferas que solo rompe por la cafetería y biblioteca que son compartidas. De los jardines monásticos que lo rodeaban en su época como propiedad jesuita sólo quedan fragmentos en su parte delantera, que hoy están poco transitados y rodeados por un aparcamiento. Ninguno de los alumnos participantes en este estudio aproximativo conocía la denominación del edificio como Bien de Interés Cultural, pero sí que admiraban sus cualidades estéticas, los estudiantes del Grado de Odontología la describen como una infraestructura muy cuidada, pero tienen alguna que otra queja con la organización de las clínicas de odontología. Tres de los estudiantes de esta Facultad preferían tener una cafetería con vistas como la de Filosofía y Letras y estar en un edificio menos estético, pero todos estaban contentos con el funcionamiento de la cafetería y, en especial, con la terraza de los patios.



Fachada principal del Colegio máximo.
Fuente: Web Patrimonio UGR

Los estudiantes de Odontología usan este espacio exclusivamente para la docencia y las prácticas, debido a la cantidad de horas que pasan allí, dicen que no les apetece quedarse en la biblioteca y prefieren bajarse al centro una vez acaban sus ocupaciones académicas. Pese a que la facultad no posee muchos espacios de descanso ni salas de estudio, esto no aparece como una queja para este sector del alumnado. Aunque por parte del alumnado de Odontología el uso de la biblioteca es casi nulo, valoran su riqueza estética, pero no pasan tiempo en ella. Las salas más usadas de esta son las grandes, aquellas correspondientes a los archivos más ricos en un sentido

decorativo están más vacías, las personas preguntadas lo achacan a la falta de enchufes y a que la calidad de concentración cuando han probado a sentarse en ellas es peor.

El caso de la Facultad de Filosofía y Letras es particular por la cantidad de grados que la ocupan y, por tanto, el número de alumnos y el ajeteo de movimiento. De entre las tres facultades en las que se ha realizado trabajo de campo (Odontología y Documentación, Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación) los alumnos de esta son los que más tiempo pasan en el campus por cuestiones más allá de la docencia o las prácticas. Hay espacios de descanso principalmente en las zonas exteriores contando con dos patios en la primera planta del edificio, el más usado y el único espacio “verde” es la zona de césped, situada en uno de los extremos del pasillo principal donde, aparte de personas fumando, en cuanto sale el sol podemos verlo lleno de gente tumbada o sentada en este espacio. En cuanto a los servicios de cafetería, es uno de los lugares más transitados, siempre teniendo mucha ocupación tanto dentro como fuera en la terraza. Aparte, en la cafetería es común ver largas colas cuando llegan las horas de cambio de clase, así como también son común las líneas de espera en las máquinas expendedoras, mientras que el kiosco que tiene la facultad al lado de las escaleras principales suele estar vacío o con un máximo de dos personas.

El último piso del edificio se compone de un pasillo con mesas altas y blancas con bancos de la misma estética, mesas redondas de madera en toda la sala, pero sobre todo en uno de los extremos, en la otra punta las mesas son más alargadas y están más cerca de las paredes. A lo largo del pasillo se disponen otros adyacentes que albergan diferentes departamentos, todos ellos con mesas alargadas a modo de biblioteca. En estos departamentos me encontré, sobre todo, gente sola leyendo o con los ordenadores. Este espacio suele tener muchos asientos libres en las mesas que corresponden a los departamentos, mientras que en el pasillo principal siempre hay movimiento, mayoritariamente de personas trabajando de forma grupal. No es tan común observar personas charlando. En la hora de la comida hay multitud de estudiantes, sobre todo en días de frío o lluvia, llegando a poder ver grupos sentados en el suelo o usando bancos como mesas.

Preguntándoles a alumnos del Grado de Antropología Social y Cultural lo que sabían ellos de los monumentos que componen nuestro campus, me dijeron que conocían el Monasterio de Cartuja y que sabían que había “una especie de yacimientos arqueológicos” más arriba de nuestra facultad donde conocidos les habían comentado que iban a pasar el rato o a beber cerveza, pero ninguno había estado. Hicieron mención de las exposiciones en los pasillos de la facultad y de las réplicas de esculturas que lo decoran, lo relacionaron con la asignatura que habían cursado sobre Historia del

Arte y Patrimonio Histórico. Después de conocerlas e identificar cuáles eran, decían sorprenderse al haberse dado cuenta que al tener las obras presentes cotidianamente era más fácil recordar los conocimientos adquiridos en esa asignatura sobre dichas obras y, de forma más general, sobre las características del periodo al que pertenecen.

Explicitaban que le tenían cariño a la Facultad de Filosofía y Letras y que creían que era la mejor en cuanto a espacios para descansar como el césped de la parte trasera o la cafetería, había un consenso en que los recuerdos buenos superaban a los malos, lo decían entre risas. Se quejaban del mal estado de algunas aulas, pero admiraban otros espacios como la biblioteca, donde pasaban mucho tiempo. Una zona a la que un grupo de estudiantes de cuarto curso de este grado le tenía especial cariño decían que era al departamento, más concretamente, le tenían especial aprecio a una mesa que había dentro del pasillo de los despachos del Departamento de Antropología Social, pero otros muchos estudiantes mencionan que solo acudían al departamento por tutorías. El grupo mencionado achacaba en consenso las causas de estar tan apegados a ese lugar porque “lo veíamos como nuestro espacio”. Lo describen como algo privado, del que formaban parte pero que también daba pie a tener conversaciones con personas que pasaban por allí. Destacaban de él también comodidades prácticas como la presencia de sillas, de una mesa y de enchufes, describiendo esto como cosas que “invitan a quedarse”, se mostraban apenados por la retirada de esa mesa sin razón aparente.

En el caso de estudiantes de Arqueología, el uso de los espacios del Campus es bastante similar por regla general a los de Antropología. El tiempo entre semana que no tienen clases suben a estudiar a la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, tanto aquellos que ya cursan máster como los que están en último curso o han pasado a otro grado. Lo relacionan con un espacio de concentración, siendo la parte en la que más aprecian las vistas y el ambiente. Estos puntos son marcados como características que hacen a este espacio diferente a otros. Les agradan que el edificio disponga de espacios amplios, pero no les parece que haya suficientes espacios de descanso, les gustaría más espacios verdes. Hacen referencia a los nuevos asientos que se han puesto en el piso superior, una especie de bancos bajos acolchados de colores, clasificándolos de “inútiles”, ya que no son demasiado cómodos. De todas formas, especifican que no descansan demasiado y en los breves parones de estudio se sientan en bancos de los patios contiguos a la biblioteca. Su conocimiento sobre los restos arqueológicos que ocupan el campus es amplio, por la estrecha relación de su formación con los mismos. Escuchan hablar de ellos desde segundo de carrera. Las personas del grupo de discusión que ya no seguían en el grado aún estaban al día de

cómo se mantenían las excavaciones actuales y lo comentaban con naturalidad con los que seguían allí haciendo las prácticas.

Hay una queja por parte de los alumnos en dirección a que, aunque los restos están siendo excavados, deberían ponerse más recursos. Exponían que el Albercón del Moro está siendo estudiado ahora con más profundidad después de que recientemente hayan quitado el almacén de agua que lo tapaba, lo cual esperaban que mejorase las condiciones del lugar. La excavación del complejo alfarero romano la califican como muy avanzada y señalan que ahora en las prácticas se están centrando en los restos arqueológicos contiguos al Monasterio de Cartuja, cata arqueológica donde ya se han llegado a encontrar materiales contemporáneos a la construcción del monasterio (siglo XV).

En cuanto al cambio de dos alumnas del Grado de Arqueología al de Historia, en el grupo de discusión se compartía la idea de que se modifica significativamente de unos estudios a otros tanto en las relaciones personales como en el ámbito académico. Lo más destacable para ellas fue pasar de un grado más pequeño y familiar a uno donde el número de alumnos es mucho mayor y se perciben como más impersonales.

Por último, en este repaso de la vida en la Facultad de Filosofía y Letras, mencionar la situación del alumnado de Historia del Arte. Este punto se ha vuelto especialmente relevante en la recta final del trabajo de campo, momento en el que se comunicó la decisión de que en el curso 2022/2023 los grados de Historia del Arte e Historia empezarán a impartir docencia en el espacio V Centenario, edificio de la Universidad de Granada situado al bajo de la fábrica de Cervezas Alhambra, al final del barrio del cercado bajo de Cartuja. Se hará de forma alterna hasta que sea definitivo. Actualmente es un edificio en el que se desarrollan varias actividades. Desde Cinefórum hasta un museo relacionado con su antigua función de Facultad de Medicina (Grado trasladado fuera de este edificio en 2016), pasando por aulas de estudio y despachos dedicados a otras actividades de la universidad. Este anuncio desencadenó manifestaciones y protestas por parte, principalmente, del alumnado de Historia del Arte, que sería el primer afectado. Las protestas se han hecho en el pasillo principal de la Facultad iniciadas el martes 17 de mayo y en el Departamento del Decanato, además de poblar los pasillos con carteles que muestran imágenes de obras de arte y otras imágenes más actuales en forma de memes¹. Las movilizaciones también han llegado a las redes sociales a través

¹ Según la RAE un meme es una “Imagen, video o texto, por lo general distorsionado con fines caricaturescos, que se difunde principalmente a través de internet.”

de la apertura de una cuenta en Instagram y se han hecho eco en algunos medios de comunicación locales.

Pero ¿qué dice esto del uso de los espacios universitarios? Este descontento pone en manifiesto pérdidas de aspectos de la vida universitaria que, para estos estudiantes, parecen tener mucho peso, como el alejamiento del ambiente de la Facultad de Filosofía y Letras, que relacionan con la cafetería o el contacto con otros grados. También hay otras demandas relacionadas con la logística como la distancia a la que estarían los despachos situados en el Campus de Cartuja, la falta de enchufes y de aparcamiento. Por otro lado, hay indignación ante la calidad de la consulta a los sectores afectados que describen como insuficiente, lo que denota una falta de comunicación. Con este fenómeno vemos cómo se ocupa el espacio universitario, que podemos considerar como espacio público, para que se escuchen ciertas demandas. Algunos alumnos consultados en las protestas pertenecientes al Grado de Historia veían las movilizaciones como una forma de llamar la atención y que fuesen escuchados, decían que no habían obtenido respuesta del decanato hasta la primera concentración que se realizó. Por otra parte, el equipo del decanato emitió un comunicado por correo electrónico donde transmitían su comprensión ante la situación y pedían que el derecho a movilizarse se ejerciese desde el diálogo y el respeto, denunciando actitudes por parte del alumnado que califican como comportamientos de acoso. El grupo que ha conformado los estudiantes movilizadores respondió a esto alegando una criminalización del alumnado sin fundamento.

Debido a estos acontecimientos, he preguntado a alumnos de los otros dos grados consultados en este trabajo de campo sobre el tema. Entre las opiniones hay de todo, pero en particular señalar que tanto desde el Grado de Arqueología como desde el de Antropología Social y Cultural se dice que se entiende la indignación debido a que al ser trasladados se pierde “el ambiente” con el que cuenta la Facultad de Filosofía y Letras. En cuanto a los medios técnicos, en el grupo de discusión con estudiantes de Arqueología, se estableció que estaban de acuerdo que hay medios técnicos del que no se dispone tampoco en la Facultad de Filosofía y Letras, ejemplificándolo con la falta de enchufes en las aulas, pero que otras quejas como la falta de aparcamiento les parecían que estaban fundamentadas. Uno de los docentes consultados, perteneciente al Departamento de Historia del Arte, se sumaba a la opinión de que la participación y el nivel de solidaridad desde otros grados de la facultad han sido muy bajos. Ambos docentes perciben una muy baja participación e implicación del alumnado que relacionan con la falta de soluciones que las movilizaciones pasadas han conseguido y a características propias de las nuevas generaciones de estudiantes.

En ambos grupos de discusión se puso en relevancia que habían notado mucho apoyo al Grado de Historia del Arte y, aun sin ir a las protestas por falta de tiempo, decían que ellos también los apoyaban, pareciéndose como escasa la consulta previa a la comunidad universitaria antes de tomar la decisión. En los dos casos, las previsiones de futuro no fueron positivas. Estos alumnos piensan que no servirán de nada y que después del verano el grado cambiará de localización y en poco tiempo se olvidarán las movilizaciones. Antes de pasar a otro asunto, señalar que todos los alumnos con los que he tratado el asunto de estas movilizaciones creen que el problema de espacio no es algo tan grave, sino que ante los que nos encontramos es una falta de organización espacial.

Del trabajo de campo realizado en relación con la **Facultad de Ciencias de la Educación** hay dos puntos que han sido especialmente relevantes. Por un lado, la didáctica del patrimonio, y por otro, un apunte que hizo un estudiante del Grado de Pedagogía. Antes de nada, mencionar al gran desconocido de esta Facultad, el horno romano. Como apuntaba en una charla que mantuve durante la realización de una entrevista con el profesor Antonio Tudela, el horno romano pasa totalmente desapercibido para los alumnos. Entre los aularios y cercano a la cafetería este elemento de la riqueza arqueológica del campus se mantiene oculto en una especie de cubículo que permite ver su interior a través de unas ventanillas. El alumnado, ajeno a esta presencia, es un punto central en el ámbito de los usos patrimoniales debido a su futuro papel como maestros y educadores. Asignaturas como la de Tudela, Didáctica del Patrimonio Histórico y Cultural, componen un punto y una perspectiva vital para que poco a poco la relevancia del patrimonio arraigue en el día a día del sistema educativo mediante la transmisión de los conocimientos necesarios para ver y enseñar a ver la ciudad en su dinamismo, y que esta se viva siendo conscientes de su la creación colectiva de memoria y su importancia.

El segundo apunte no va tanto en relación con esta Facultad en sí, sino que corresponde a un comentario de un alumno. Hablamos de una persona con estudios de Grado y Máster finalizados previamente que cursa su segundo grado, aparte de tampoco conocer el horno ni saber ni siquiera de su existencia, este alumno puso en relevancia lo que puede significar la experiencia universitaria previa en cómo se viven estos espacios universitarios. Decía que se sentía distanciado del resto del alumnado, principalmente, por el factor de la edad. Solo se relacionaba con los pocos alumnos que estaban en una situación similar a la suya, señalando esto como una de las causas del por qué no pasa más tiempo del necesario en el campus. Esto nos desvela otro factor a tener en cuenta cuándo se estudian los usos de los espacios universitarios.

Otros espacios del Campus de Cartuja también parecen estar desvinculados de la vida universitaria. En cuanto al polideportivo que hay al comienzo del campus, son relativamente pocos los estudiantes que me he encontrado que hayan hecho uso de él. Por ejemplo, un estudiante de máster en la Facultad de Filosofía y Letras había estado jugando al pádel en esas instalaciones deportivas, pero ni él ni sus acompañantes, estudiantes de grados fuera del campus, se quedaban por la zona tras realizar la actividad. Otro punto central del campus son las residencias de estudiantes, una persona del Grado de Arqueología que había pasado sus dos primeros años en la Residencia Carlos V describía la vida en él como la de una “monja de clausura” que de viernes por la tarde a lunes se quedaban desconectados del resto de la ciudad, ya que bajar andando era para ellos mucho esfuerzo y no había conexión de autobuses. Las actividades del fin de semana se focalizaban en zonas dentro de la residencia y en el Albercón del Moro, siendo este último el eje central del ocio en los fines de semana. En este espacio se juntaban, y se juntan hoy día los que siguen allí, para consumir bebidas alcohólicas.

7. Discusión de los resultados

A lo largo del trabajo de campo se ha observado que, alrededor del ámbito patrimonial, existe una mezcla de desinterés y desconocimiento entre el alumnado con el que se ha trabajado del Campus de Cartuja. Hay una asociación entre lo patrimonial y lo turístico en la línea de los que decía Velasco (2009) en cuanto a que el patrimonio de la ciudad donde se reside se identifica en base a unas lógicas turísticas, es decir, lo que es visto como recurso turístico y experimentado como tal. Los paseos por las zonas del centro urbano periódicamente están más enraizados en las formas de ocio como momentos puntuales donde se hace algo “diferente” a la cotidianidad. Las formas de sociabilidad entre el alumnado se concentran en bares y zonas de ocio nocturno, estrechamente vinculados en el imaginario social del estudiantado consultado con uno de los ejes centrales de la vida y experiencia universitaria.

También podemos ver una coincidencia entre la realidad observada y las aportaciones teóricas en cuanto a que los espacios patrimoniales locales son pasados por alto y dados por sentado, siempre admitiendo un ligero grado de diversidad (Prats, 2011). Como se expresó en la entrevista del universitario nacido y estudiante en Granada, se retrasa la visita a lugares por el hecho de tenerlos cerca, pero a la vez se explicita que una de las cualidades de esta ciudad es que se van descubriendo

zonas nuevas día a día. Es un punto común que surgió también en los grupos de discusión. Tampoco hay una diferencia entre el uso de espacios universitarios patrimoniales y no patrimoniales, como se puede ver al comparar la actividad del Colegio Máximo y la de la Facultad de Filosofía y Letras. La ocupación pasada del edificio de lo que hoy es la Facultad de Odontología y Documentación no tiene un impacto significativo en su uso actual. Pero, a colación de esto, decir que por ejemplo durante la conversación mantenida con el docente del Departamento de Historia del Arte ha surgido el asunto de que, al margen de las categorizaciones formales, la Facultad de Filosofía y Letras también cumple muchos de los requisitos para ser categorizada como riqueza patrimonial del Campus de Cartuja. Esto no deja de lado que estas dos facultades no estén siendo habitadas y conocidas en base a su historia.

No es posible en base a los datos recogidos identificar qué relación hay entre el desinterés y el desconocimiento patrimonial, no se ve que el conocimiento acentúe el interés por el mismo. Esto se puede ver en el caso de los estudiantes del grado de Arqueología. Son conocedores de la riqueza arqueológica del campus y han participado en ella, pero no hay un cambio en cómo viven el campus ni en cómo habitan la ciudad. Esto puede ser un indicador de que las iniciativas que se lleven a cabo para promocionar el patrimonio del Campus de Cartuja tienen que realizarse emprendiendo cambios más profundos. No serviría con elaborar y difundir materiales con información, sino que para catalizar el uso y la vitalidad del patrimonio haría falta una reforma de la vida universitaria en términos más generalizados. No hay un uso consciente del Campus de Cartuja. Algunos alumnos mencionan que van de un punto a otro sin pararse a pensar en el significado de los espacios que ocupan o cómo se pueden ver enriquecidos y beneficiados por los lugares que se habitan. Esto concuerda con la visión de los docentes consultados, para los cuales el campus es usado más en base a cuestiones funcionales. El docente del Departamento de Historia del Arte mencionaba que los estudiantes del grado en el que imparte clases abordan el caso del Monasterio de Cartuja, pero más por sus valores estéticos y técnicos, dejando un poco de lado la dimensión de elemento integrado en el campus.

En cuanto al patrimonio, vemos un desinterés general por parte de la población consultada en este estudio. Es un interés que, en términos de Prats (2011), podríamos calificar como un desinterés pasivo, ya que este patrimonio no es un foco de interés ni identitario ni aporta beneficios en términos económicos, razones que serían las causantes de que no se fomente su uso. Pero, gracias a los resultados del trabajo de campo, he visto que la despreocupación va más allá, llegando a percibirse esta tendencia en relación con el uso de los espacios universitarios. Se ha encontrado una

falta de iniciativa y de colectividad. Los estudiantes gestionan la actividad formativa y el ocio como medios para llegar a un fin, acabar el grado y, si puede ser, disfrutar también el camino. Esto varía entre el alumnado observado en una cuestión de nivel. Un grupo de alumnos del Grado de Antropología, por ejemplo, decían intentar pasar por la universidad gastando lo mínimo en términos económicos y sin pararse por el camino, mostrando un desinterés, también, por el resto de la ciudad. Sin embargo, de forma mayoritaria el resto de los alumnos del mismo grado y de otros grados de la misma facultad consideran un eje fundamental y una prioridad su vida social. Principalmente fuera del Campus, siendo los espacios universitarios una forma de ampliar su círculo de amistades.

Para generar un cambio de situación, es complicado que llegue desde el alumnado, ya que la universidad tiene una historia previa guionizada a través de la distribución y las funcionalidades de los espacios. Esto implica que cuando llegan los nuevos alumnos a los espacios universitarios se adecúan a actividades y conductas ya pautadas. El espacio opera como una sociedad aparentemente inherente a la que el grupo va dotando de vida, los objetos pueden envejecer o hacer que las personas se acomoden y se aferren a ellos por su familiaridad (Halbwachs, 1968), punto que puede ayudarnos a entender también la resistencia del Grado de Historia del Arte a cambiar de localización. Estos grados no consideran que su entorno material requiera este tipo de cambios, no sienten que hayan envejecido o están desfasados.

La Facultad de Filosofía y Letras, según lo que se ha observado en los resultados, se presenta como un lugar a la vez material, simbólico y funcional. Estas tres dimensiones, que se entrelazan y presentan en diferentes magnitudes según las situaciones concretas haciendo que los lugares tengan un significado y apego para aquellos que los transitan (Nora, 1984). Siguiendo lo expresado por aquellas personas relacionadas con el Grado de Historia del Arte, lo simbólico haría referencia a los recuerdos que impregnan los pasillos y espacios del edificio de la facultad. Además, también hay una dimensión de visibilidad de la profesión de los estudios de Historia del Arte, de forma que desplazarlo en lo tangible se percibirá también como alejarlo en el imaginario de estas otras disciplinas que habitan en la facultad.

Dicho esto, lo que se ve a través de esta aproximación al estudio de la vida universitaria podría ser percibido en compartimentos estanco. La vida estudiantil correspondiente a lo académico desarrollada en edificios institucionales, el ocio de los universitarios en otras zonas de la ciudad, la vida del profesorado y otro personal de la institución universitaria al margen del alumnado... pero si se mira desde la perspectiva antropológica en la que se enmarca este análisis, si se analiza desde la visión de conjunto, las partes que conforman el todo siguen influyendo entre sí y el cómputo

forma parte de la vida universitaria y su impacto en el funcionamiento en la ciudad. En las Facultades se ha visto que se busca conocer a otros estudiantes, que se perciben ciertos lugares como la biblioteca o la cafetería como espacios de sociabilidad que luego se trasladan al ocio presente en otros espacios urbanos.

El primer paso en este análisis va en esta dirección, pasa por fijarse en la distribución de los espacios universitarios. Al igual que puede dar la impresión de que la experiencia universitaria esté compartimentada, como se ha mencionado antes, en las Facultades se ve una división real. La separación lo abarca todo. Los espacios donde se imparte docencia curricular, las aulas, y los espacios donde se dan charlas y conferencias son un caso que muchas veces se puede pasar por alto. Como parte de la observación de actividades universitarias, asistí a una conferencia de Remedios Zafra, hablando sobre el futuro y el compromiso a través de las palabras. En la apertura de este acto, la decana actual de la Facultad de Filosofía y Letras, hizo referencia a la importancia de eventos como en el que estábamos y especificó que en la experiencia universitaria no solo eran importantes las aulas de docencia, sino también las aulas de cultura, como el aula de la facultad, Federico García Lorca, en la que nos encontrábamos.

Lo curioso es que esta aula es contigua a las de docencia de las que solo se diferencia por el hecho de tener butacas y elementos particulares para conferencias como micrófonos o una mesa de ponencia más amplia que las aulas convencionales. Esto de lo que nos habla es de una diferenciación entre cómo se concibe el tipo de conocimiento que se imparte, remitiendo otra vez a las tres dimensiones de los espacios que distinguía Nora (1984). Así mismo, es complicado encontrar espacios específicamente diseñados para que se produzca un encuentro entre alumnado de diferentes grados, por no decir ya de diferentes Facultades. Esta situación ejemplifica que el espacio se organiza y significa siguiendo reglas que tienen más que ver más con aspectos sociales que, después, son trasladadas a la división espacial, cuando se intenta modificar la forma en la que el grupo se relaciona con lo material las reticencias no vendrían por el lugar en sí, sino por lo que significa en relación a los antiguos lazos que se han unido en él (Halbwachs, 1968).

Llegado este punto me parece pertinente hacer la pregunta de qué posición ocupa aquí el patrimonio. El análisis y la ordenación de los resultados me ha llevado a proponer que el poco uso y conocimiento actual del patrimonio del Campus de Cartuja puede ser un campo desde el que partir para promocionar nuevos espacios con dinámicas innovadoras. He concentrado las propuestas de futuro en tres bloques de iniciativas que se podrían llevarse a cabo, las cuales explicaré más adelante, para conectar universidad y patrimonio como una forma de beneficiar la experiencia

universitaria del conjunto de la comunidad. En estas propuestas no hay un uso turístico del patrimonio, no hay una finalidad económica. Esto se plantea teniendo presente que nos situamos en una sociedad de consumo que puede llevarnos a pensar que tener más es mejorar la calidad de vida, pero en este caso el bienestar social no se rige por la cantidad, por lo que es pertinente pensar en desarrollo y crecimiento en términos sociales y culturales y no económicos (Prats, 2011). Para ello, se presentarán usos alternativos de la actividad patrimonial en miras de fomentar el bienestar de aquellos que, consciente o inconscientemente, están formando parte de la historia de la Universidad de Granada. Una vía de conectar el recorrido pasado del espacio del Campus de Cartuja con su presente, haciendo gala del concepto del patrimonio vivo (G. Alcantud, 2012) que se maneja a lo largo de estas páginas y llevándolo a la práctica.

Al usar el patrimonio como un espacio común, un espacio que crea comunidad, no se pretende caer en la promoción de lugares de memoria para fomentar identitarismos vacíos e incensarios como advierte G. Alcantud (2018b). Se pretende crear espacios comunes de diálogo, englobando a una comunidad como una forma de enriquecimiento mutuo y con miras a facilitar la resolución de conflictos (Cezano, 2001 citado en Querolt, 2010). Tenemos ejemplos de este tipo de empleo del patrimonio en Estados Unidos a través de la creación de museos comunitarios para reducir las tensiones sociales (Mejías, 2008). Prats (2011) crítica que se use el patrimonio para no abordar de forma directa problemáticas como el envejecimiento poblacional o la despoblación, pero no es lo que estamos haciendo aquí, ya que no se pretende sacar un rédito económico que funcione como parche, sino que se aborda el uso patrimonial como parte de la acción social. No sería algo puntual, sino un proyecto a largo plazo para potenciar la viveza de la riqueza patrimonial del Campus de Cartuja como una forma de beneficiar a la población que está en contacto constante con él; intentando acercarse a ese derecho a la ciudad (Harvey, 2015) del que se hablaba en el marco teórico a través de que la población local tuviese beneficio y capacidad de decisión en cómo se usa y organiza el espacio urbano. Este uso patrimonial no estaría tampoco regido por la competencia, sino que se enfoca a que la cooperación produzca un enriquecimiento mutuo y complementariedad (Prats, 2011).

Partiendo de los datos recopilados, se propondrán iniciativas para que la experiencia universitaria se reorganice de forma que se potencie el diálogo entre diferentes realidades que se ve mermado por la ausencia de espacios compartidos actualmente y la democratización del sistema universitario. Esto va en consonancia, no sólo con la búsqueda de la mejora del bienestar en términos generales, sino también a demandas del alumnado escuchadas a lo largo del trabajo de

campo. Desde comentarios de docentes sobre la necesidad de espacios compartidos hasta el discurso de los estudiantes que explicita que la experiencia universitaria ha contribuido en gran medida a su crecimiento personal.

Dicho esto, paso a presentar las tres propuestas. En primer lugar, estarían unas jornadas al inicio del curso escolar, la segunda corresponde con talleres interdisciplinares sobre patrimonio integrados en las asignaturas relacionadas con este campo, y por último tendríamos la adaptación de espacios históricos del Campus de Cartuja como lugares de descanso, salas de estudios y otras actividades relacionadas con la vida universitaria.

Jornadas de apertura

Estas actividades atenderían a la iniciativa de fomentar una sinergia entre las formas de ocio de los estudiantes y las actividades culturales. Consistiría en que, a principio de curso, se establecieran unas actividades que promovieran que el alumnado establezca redes en la universidad, dentro y fuera de su grado, a la vez que se promuevan visitas guiadas por la ciudad y el campus de forma que el nuevo alumnado empiece su recorrido con un conocimiento de los lugares de los que dispone que luego pueda ser alimentado a lo largo del resto de su experiencia. El punto clave de estas actividades es que promuevan el interés por medio de entremezclar actividades de ocio y sociabilidad. Por ejemplo, una actividad por el Campus de Cartuja que después termine con un evento en forma de comida o almuerzo. Uno de los ejes centrales para el funcionamiento de esta idea es que se planifique para ser integrado en la vida universitaria en forma de ritual, enraizarlo en la experiencia universitaria granadina no para usarlo como reclamo para atraer estudiantes, sino para que se aporten herramientas para aquellos que ya se integran dentro de la institución. Así como también es importante que las actividades culturales no se enfoquen desde una metodología primordialmente descriptiva del paisaje patrimonial (Tudela, 2016)

Esta idea surge de las observaciones por medio de la aparición de varias cuestiones. En primer lugar, está la necesidad de fomentar un sentido de permanencia que potencie una implicación en la resolución de tensiones y la mejora de las ofertas de las actividades desde el primer día. Las demandas de alumnos que están en el tercer y segundo año de su experiencia universitaria han destacado lo beneficioso que resulta tener contacto con estudiantes de años superiores. Así mismo, alumnas consultadas del Grado de Historia, que previamente cursaron Arqueología, califican como un factor negativo en su experiencia que en una clase proliferen el individualismo y haya poca comunicación entre el alumnado. Otro de los puntos de los que me he servido para construir esta

propuesta es un desayuno en la Facultad de Filosofía y Letras para alumnos y profesores del Departamento de Antropología Social en 2019. En términos generales, los alumnos que asistieron lo recuerdan como una buena experiencia de la que sacaron amistades, en la mayoría de casos (incluso aquellos que no participaron en la primera ocasión) se afirma que se asistiría si se repitiese y que les gustaría que se produjese de forma anual.

Los instrumentos que se buscarían brindar en estas jornadas funcionarían también como una hoja de ruta para los estudiantes de primer año, no situados en el funcionamiento universitario, catalizando una implicación en influir en el mecanismo de la institución. Fue común escuchar durante el trabajo de campo cómo estudiantes más veteranos se referían a estos sectores primerizos como que estaban “desubicados”. Alumnos que cursan los primeros años pero que llegan con un recorrido universitario previo, se sienten también poco afines con sus compañeros. Ejemplos concretos los tenemos en el alumno de pedagogía mencionado en la exposición de resultados que señalaba esta falta de vínculo como una de las barreras con relación a su vida universitaria. Se ha visto también el caso de una alumna de primero de Historia del Arte, que se mostraba descontenta con la poca movilización de las personas de su clase, quienes decían no entender qué había de malo en el cambio de localización y que tampoco parecían mostrar implicación en informarse sobre la situación. Fomentar la comunicación sería aquí clave para que los alumnos conozcan y se sientan participantes de las realidades que se producen en el resto de las aulas que tienen a su alrededor.

Talleres interdisciplinarios en el campo patrimonial

Se propone en este segundo punto hacer talleres que formarían parte de un proyecto en la línea de los promocionados por la Universidad de Granada en 2018 con la particularidad de que habría una implicación del alumnado y una mayor conexión entre los diferentes grados. La finalidad es que se generen espacios de diálogo entre los diferentes sectores implicados en la esfera patrimonial que trabajen de forma conjunta en los problemas de la universidad a través del patrimonio identificándolos y buscando soluciones. En el encuentro que tuvimos, el docente Antonio Tudela me comentaba que uno de los puntos fundamentales que para él tiene que estar integrado en la didáctica patrimonial es la dimensión dinámica y viva de su objeto de estudio. No estudiar simplemente obras de arte o infraestructuras históricas, este docente propone tratar al patrimonio como una “estructura de fondo” lo que puede atraer al alumnado por medio de una transmisión de conocimiento percibido como útil en términos de que puede funcionar como una herramienta de cambio social.

Otro docente consultado, José Castillo, del departamento de Historia del Arte, hacía una reflexión semejante. Para él el poco interés de los sectores más jóvenes de la sociedad en el ámbito patrimonial viene dado por un fallo en cómo se transmiten los valores relacionados con el patrimonio, normalmente por dar la imagen de estar casi exclusivamente relacionados con el turismo o por dar una imagen de los bienes patrimoniales demasiado estática. En palabras de Freeman Tilden este tipo de didáctica debería enfocarse como “una actividad educativa que revela el significado y las relaciones a través del uso de los objetos originales, como experiencia primera, y acompañándose de otros medios y métodos de comunicación, para ir más allá de lo que es mera información” (Tilden, 1990 citado en Mejías, 2008, 13).

La particularidad de estas actividades en comparación con las ya existentes en la oferta de esta institución universitaria es que se llevarían a cabo integradas como prácticas dentro de diferentes asignaturas de los grados. No desde una simple transmisión de la historia de la ciudad, sino que se elaboraría de forma común un método de enseñanza que plantee herramientas para observar la ciudad desde un punto crítico que alimente la formación de una ciudadanía consciente, intentando reforzar los valores democráticos (Tudela, 2016).

Estos formatos estarían rompiendo con la división de los espacios por grupos de pertenencia que se ha visto a lo largo de este estudio aproximativo, generarían espacios comunes entre grados y entre personal docente, investigador y alumnado. Como se expuso en el grupo de discusión de alumnas de Arqueología, el contacto continuo con los docentes en las excavaciones ha resultado en un relación más estrecha y fluida, donde los obstáculos a los que cada uno se enfrenta en su recorrido universitario son escuchados y comprendidos por ambas partes. Aunque en un principio actividades como las excavaciones puedan identificarse como sociabilidad institucionalizada, las diferentes tipologías que hacen referencia a cómo se establecen los lazos sociales son categorías analíticas y en la práctica la sociabilidad formal, informal o reglada pueden diluirse entre sí (Cantero et al., 2000) como vemos en los vínculos que se han propiciado en el caso de parte del alumnado del grado de Arqueología. Por lo que el contacto entre diferentes disciplinas podría generar este tipo de vínculos de forma más amplia a través de trabajo conjunto. Desde los yacimientos arqueológicos del Campus de Cartuja, los archivos de las bibliotecas, hasta la indagación en lo que esconden otras infraestructuras de este complejo podrían ser escenarios que podrían conjugarse muy bien con estos talleres.



Complejo Alfarero Romanos del Campus de Cartuja.
Fuente: Canal UGR.

Lefebvre (1974) ya establecía que el espacio y lo material eran un lugar de convergencia de numerosos campos del conocimiento. Así como también la complejidad de la realidad local y cómo esto penetra en los usos de espacios, nos deja con la necesidad de abordar estos tipos de estudios desde diferentes métodos y áreas de conocimiento (Cantero et al., 2000). Si nos sumergimos en la práctica de explorar lo patrimonial buscando una voz plural, en ella encontraremos múltiples campos que tendrán algo que decir (G. Alcantud, 2012). Esta potencialidad interdisciplinar del objeto de estudio que se maneja en este trabajo no es algo que se pueda dejar de lado, por lo que me parecía oportuno integrarlo en las propuestas para el futuro.

Aunque actualmente haya formación de otras disciplinas en los diferentes grados, no llegan a potenciar del todo el entendimiento mutuo, se puede ver esta comprensión parcial volviendo a los resultados. A pesar de que algunos de Arqueología cursan una asignatura de Antropología, ninguno sabía lo que esta disciplina podría aportar al campo patrimonial en el área de lo tangible. Algo semejante me encontré en alumnos de tercero y cuarto del grado de Antropología Social y Cultural, habían cursado la asignatura de Arqueología y Cultura, optativa, pero no tenían conocimiento de absolutamente nada de los yacimientos arqueológicos del Campus de Cartuja.

El patrimonio en sus diversas categorizaciones ha sido estudiado desde tantas disciplinas que hoy pueden aunarse para generar un conocimiento compartido, que además sea un conocimiento situado. Con situado hago referencia no solo a que sea un conocimiento implicado en la realidad

dónde se produce, sino que también se haga desde un posicionamiento que implique una responsabilidad y un compromiso social claros.

Se han podido hacer en esta línea actividades como un Laboratorio del Urbanismo (Cabrera, 2017) pero desde lo que se propone aquí se busca que el diálogo y el mensaje cale en aquellos que no conocen esta dimensión más profunda de la esfera patrimonial. Que no haga falta que tenga que ser descubierta por los alumnos, sino que entre dentro del currículum de los propios grados. Podría tomar una forma semejante a la que proponen Alderoqui y Villa (2012, citadas en Tudela, 2016) con los “laboratorios de ciudadanía” para las escuelas primarias pero trasladadas al ámbito universitario, manteniendo el espíritu de entender la ciudad como cómplice para el entendimiento de conductas sociales. Podrían incluirse métodos formativos, como los que ya están en marcha en asignaturas como la que imparte Antonio Tudela, en relación a la didáctica del patrimonio, donde los paseos urbanos desde esta perspectiva son la base para exponer una forma alternativa de aprender la ciudad. Aparte de estos encuentros, se podrían extraer, también, ideas para solucionar conflictos u obstáculos que remitiesen a una la ciudad en sentido amplio. Esto podría ser relevante, ya que la mejora de las condiciones urbanas no está tanto en una cuestión de inversiones masivas en construcción, sino más en la puesta en marcha de iniciativas desde instituciones públicas como es la universidad (Cabrera, 2017).

Espacios de descanso y ocio

Dentro de este punto se propone una adaptación de infraestructuras universitarias con el fin de promover que la vida de alumnado en la universidad vaya más allá de la docencia y el estudio. Que el ocio universitario también vaya más allá de los ambientes nocturnos y los bares, lo que no quiere decir que estos desaparezcan. Algunos alumnos destacaban el crecimiento personal cuando fueron preguntados qué significaba la universidad para ellos, y esto sería lo que se trataría de apoyar en estos espacios.

Dentro de estos edificios se promocionarían clubes de todo tipo que pudiesen partir de la universidad o ser una plataforma de partida de la que dispongan alumnos que estén interesados en formar sus propios clubes, serían un lugar de reunión. Por ejemplo, un alumno de tercer curso del Grado de Antropología Social y Cultural señalaba que él siempre había querido participar en un club de debate sobre temas sociales y le habría gustado organizarlo, pero nunca había sabido cómo.

La demanda existente del estudiantado de zonas de estudio haría interesante que se dispusiera de las mismas en estos centros. Se podría plantear la opción de que estos centros, semejantes a los

centros culturales existentes a nivel urbano, incluyesen una exposición organizada de colecciones universitarias con el fin de darlas a conocer al estar situadas en unos lugares que los estudiantes habitarían de forma más o menos cotidiana. Esto también formará, aparte de cumplir con una parte de la definición de patrimonio, la cuestión de ser una inspiración para las generaciones venideras (UNESCO, 2014; Querolt, 2010). Serían espacios de descanso, pero también espacios con vida que fomentasen la creatividad, donde los universitarios y el resto de población granadina tuviese la capacidad de conocer los servicios que la universidad ya está ofreciendo, pero no acaban de tener una difusión de largo alcance. La organización de estos centros se debería hacer con miras a que no hubiese un simple tránsito de un punto a otro, sino que fuesen espacios para estar.

En el Campus de Cartuja se apela a la falta de espacios, pero siempre que se adapte con responsabilidad y conocimiento, espacios patrimoniales como el Observatorio Astronómico se pueden adaptar a parte de este tipo de actividades. Siempre y cuando se haga una reformulación del lugar de forma respetuosa, es posible que, desde el respeto a la riqueza memorística del lugar, se mejore su estado y su conocimiento, dándole de nuevo dinamismo a un espacio que hoy en día es totalmente desconocido. Antes de continuar, me gustaría detenerme en la cualidad de 'respetuosa'. Durante el trabajo de campo en relación con el traslado del Grado de Historia del Arte al Espacio V Centenario, ha salido en varias ocasiones la mención a la remodelación de las aulas. Destacar la mención de Antonio Tudela a que la modernización de un espacio tiene el peligro de suponer también una desnaturalización, por lo cual es una cuestión a planificar de forma exhaustiva antes de realizar cambios en las infraestructuras.



Observatorio de Cartuja.
Fuente: ideal.es

Antes de finalizar, decir que este punto va muy estrechamente vinculado con la promoción de espacios verdes dentro del Campus de Cartuja en los que se pueda descansar y por los que pasear cuando el tiempo lo permita. Esto no viene solo de demandas que han sido externalizadas por el alumnado, sino que es observable en las pocas zonas verdes y de descanso que hay en la Facultad de Filosofía y Letras.

En el *grosso* de las peticiones directas del alumnado hubo en dos ocasiones, un chico y una chica pertenecientes respectivamente a los grados de Antropología Social y Cultural e Historia del Arte, en las que apareció la mención a que hubiese un gimnasio con salas de máquinas dentro del Campus de Cartuja. Esto también aporta información sobre la posición que ocupa el polideportivo de la zona baja que, pese a cubrir alguna oferta en materia de deportes, no se percibe como suficiente. Otro estudiante perteneciente al Grado de Antropología Social y Cultural hacía el mismo apunte en relación con la natación, más concretamente sobre los campeonatos, decía que no le parecía lo suficientemente accesible debido a la diferencia de nivel.

La universidad integrada en un marco más amplio: la ciudad

Entre los estudiantes con los que he trabajado se ha visto una tendencia general a que los espacios que se consideran patrimoniales sean usados de forma puntual, como un lugar de paseo en días que se consideran fuera de lo ordinario o cuando se busca salir de la rutina. Son momentos asociados al Albaicín, el Sacromonte o los diferentes miradores alrededor de la ciudad. Mientras tanto, lugares del día a día como el Colegio Máximo, la Facultad de Derecho, el Monasterio de Cartuja u otros barrios de la ciudad no se ven como puntos relevantes en materia histórica o como lo suficientemente atractivos para ser visitados. Esto nos habla de una necesidad de reformular, dentro y fuera de la universidad, lo que en el imaginario social se identifica con el patrimonio. Yo misma durante el trabajo de campo he ido encontrando esquemas mentales que había integrado y naturalizado. Con especial acento en el uso y significado de las palabras que se eligen, fueron varias las ocasiones dónde me encontré hablando de los usos locales del patrimonio como si el simple hecho de entrar en la Alhambra convirtiese a un granadino en turista. Esto encaja con lo que en la revisión crítica de la literatura expone sobre cómo los propios habitantes integran marcos de pensamientos que vinculan casi de forma inseparable turismo y patrimonio (Velasco, 2009).

Fue común también durante el trabajo de campo que se admitiese de forma abierta que había una búsqueda consciente de conocer la riqueza patrimonial de ciudades que se visitan de forma turística y cómo es el día a día de la sociedad local en estas ciudades, pero hay un abandono de los espacios

cotidianos propios y de conocer las dinámicas de las ciudades donde vivimos más a fondo. Este último punto coincide con las formas en las que se ha teorizado sobre la relación de habitantes locales, el patrimonio local y cómo este interés patrimonial varía al cambiar de ciudad (G. Alcantud, 2018b; Prats, 2011; Querolt, 2010).

Entre los comentarios de los estudiantes hay cosas interesantes en este sentido, en varias ocasiones se mencionó el atractivo de que una ciudad sorprenda. No ir en busca de aquellas cosas que pueden ser interesantes, sino que se encuentre por casualidad al ir a dar un paseo. Así como también es llamativo lo común que es la visita a miradores, que una estudiante de Arqueología designaba como “cultura de esta ciudad”. Las razones de su visita suelen relacionarse con la particularidad de las vistas de la ciudad de Granada, el disfrute del buen tiempo y que es una forma de ocio barata. Esto corresponde con formas de ocio que se describen en lugares como el Parque García Lorca o el Tico Medina, con la diferencia del cambio de entorno. Por lo que los miradores en Granada podrían estar cumpliendo una función semejante al disfrute de espacios naturales que se hace en otros lugares. Aunque esto es un tema que corresponde indagar con más profundidad en otro tipo de estudios.

Una estudiante del Grado de Antropología me comentó en un grupo de discusión: “voy del punto A al punto B sin entretenerme por el camino” en referencia a que iba de casa a la facultad, a la biblioteca, o a un bar. Pero pese a que en los resultados no se percibe que se tenga un impacto en la ciudad o que en casos de estudiantes granadinos no se tuviese una percepción de Granada como una ciudad de estudiantes, la realidad es diferente. A principios de la década de los 90 del siglo pasado, el 5% del Producto Interior Bruto era derivado de la actividad universitaria, cifra que se elevaba al 7% en el caso del Valor Agregado Bruto correspondiente al sector servicios (Cabrera, 2017).

Más allá de la parte económica, la vida universitaria y sus campus inciden en el desarrollo de la ciudad. Sobre todo, en el caso de Granada, en el cual estas aglomeraciones de Facultades no se insertaron en zonas semi-aisladas y periféricas de la ciudad, modelo considerado obsoleto, sino que están más conectadas con zonas históricas (Cabrera, 2017). En el caso del Campus de Cartuja, estas corresponden con el cercado bajo de Cartuja, zona que se ha visto también transformada por la llegada progresiva de residentes universitarios que buscan estar cerca de la facultad. Como apuntaba también en nuestra conversación Antonio Tudela, esta zona está en proceso de gentrificación y el público nuevo, aunque combativo, va olvidando también parte de la historia del barrio. Por lo que es una zona en la que también sería interesante profundizar en el futuro en la línea

de la relación entre los lugares de memoria, la universidad y la ciudad, ya que la universidad no es el único factor que incide de esta forma en el espacio. Como bien dice Halbwachs (1986) en relación a las clases sociales, en todo paisaje urbano el grupo social predominante no haya dejado su huella. Esto hace todavía más interesante profundizar en la relación entre los diversos factores.

También hay que tener en cuenta que muchos alumnos residen en la zona centro y nos podemos encontrar opiniones como las que me trasladaron dos alumnas de último curso del grado de Arqueología. Les parecía un gasto de tiempo exagerado tardar media hora en subir a la Facultad de Filosofía y Letras, mientras alababan la cercanía de la Facultad de Derecho. He hablado con alumnos que tardaban más tiempo en subir hasta el Campus, pero no lo decían en tono de queja, ya que preferían una Facultad más alejada, pero con más servicios que una en el centro pero que se restringiese prácticamente a las aulas. Visto esto cabe preguntarse: si se percibe pesada la lejanía ¿Por qué no se alquilan pisos en zonas más cercanas a la Facultad? ¿Qué concepción tiene el centro de la ciudad que lo hace más atractivo que zonas colindantes como el barrio de Cartuja?

8. Conclusiones

Las tres iniciativas toman como meta llegar a una comunidad universitaria con más sentido de colectividad y espíritu democrático. Decir, también, que estas propuestas de futuro presentadas en la discusión de resultados se han elaborado desde la comodidad del idealismo. Llevarían un esfuerzo económico y de recursos bastante significativos, pero no dejan de ser propuestas que podrían ser concretadas y adaptadas en un futuro. Aplicándose en un largo o medio plazo, si se dispusiese de la iniciativa, la implicación y el compromiso suficientes desde todos los sectores universitarios. Lo que se expone a lo largo de estas páginas no deja de ser la unión y ordenación de pequeñas acciones y semillas que ya se están generando y que podrían alimentarse, en el mejor sentido de la palabra, si se uniesen fuerzas y motivación por un proyecto común.

Entre las limitaciones que presenta este estudio aproximativo, encontramos el tiempo y la capacidad de representar a una comunidad muy diversa tanto dentro como fuera de cada grupo que la conforma. Es por esto por lo que también es importante que las propuestas, si llegan a ser formuladas, lo sean desde un primer momento fundamentándose en la escucha activa entre los organizadores y el alumnado. Siempre respetando los derechos del alumnado. Derechos y deberes que en numerosas ocasiones se pasan por alto, como surgió en la charla que mantuve con José Castillo. Dichos derechos y deberes siguen afectando a la experiencia universitaria, sean o no

conscientes los estudiantes. Por ello, debemos tenerlos presentes y luchar para que no se mantengan o se reduzcan, sino que se amplíen, se mejoren y se amplíen.

Es vital que en todo este proceso entre en ebullición un alumnado activo que tome parte en su formación, incluyendo la práctica democrática como un aprendizaje más que se obtiene en el paso por la universidad. Otra limitación sustancial para trasladar a la realidad estas propuestas responde a las dimensiones de integrantes de la Universidad de Granada. Los largos y laberínticos procesos de burocratización o la decadencia de la confianza en los procesos de diálogo enfatizan y se suman al distanciamiento de los problemas locales (Cabrera, 2017).

Entre las nuevas líneas de investigación se abre un alto rango de formas en las que combinar las aportaciones de diferentes disciplinas que deriven en innovadoras formas de aproximarse a la ciudad y sus componentes. También quedarían abiertas formas de concretar cómo se pueden conectar más estrechamente las problemáticas de la ciudad y cómo se pueden estas beneficiar de lo que la universidad puede aportar como la institución pública que es.

Encontramos una nueva puerta desde la que cuestionar las bases sobre las que se asienta el sistema universitario y fortalecer sus puntos más positivos y democráticos, pensándose a sí misma para mejorar los métodos y el resultado de la producción de conocimiento que en ella tiene lugar. También es importante hacer mención a que a la vez de integrarse en problemáticas sociales presentes en la urbe en la que se integra, la universidad debe buscar vías de resolución para los conflictos de su interior.

Antes de finalizar, me gustaría hacer una referencia más concreta al ámbito patrimonial. Es vital que este sea considerado como agente e instrumento de plena utilidad en todos estos caminos de futuro que se están señalando, ya que es conveniente no olvidar que es desde la incidencia desde donde resulta posible cambiar la forma de entender el patrimonio. En esta línea deben verse representadas disciplinas como la Antropología, reforzando las novedosas formas en las que el culto a lo patrimonial pueda verse renovado y expandido más allá de la contemplación (G. Alcantud, 2018a). En el plano de las acciones en marcha en este camino, mencionar que en la página Web de Patrimonio UGR está abierta una sección de *Usos sociales, rituales y actos festivos* que aún está en preparación, por lo que será un foco de interés de cara a la dirección que tome el trato del patrimonio universitario y cómo este se llevará a cabo en el futuro por la institución.

Por último, me gustaría concluir poniendo en alza uno de los ejes centrales que ha formado la columna vertebral de este trabajo de fin de grado: el patrimonio como una herramienta a través de la

cual asentar la participación de los estudiantes universitarios en la construcción del conocimiento en colaboración con otros agentes, como son los docentes. No solo para fomentar la creación de espacios compartidos desde los que transmitir y producir saberes, sino que también, y siendo esto lo más importante, para forjar una memoria colectiva de la universidad que permita a futuros estudiantes integrarse en los proyectos epistemológicos con el necesario espíritu democrático que caracteriza a la institución, y que debería caracterizar a las humanidades.

9. Referencias bibliográficas

Augé, M. (2019 [1998]). *Las formas del olvido*. Gedisa Editorial.

Barbour, R. (2013). *Los grupos de discusión en investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata.

Bauman, Z. (2020 [2005]) *Vida líquida*. Madrid: Austral, 13a Edición.

Bellido Gant, M. L. y García Lirio, M. (2018). El patrimonio de la Universidad de Granada: edificios, colecciones, conservación y difusión. *Cuadernos de arte de la Universidad de Granada*, 49, 109-125.

Cabrera Manzano, D. (2017). Procesos de ósmosis de Granada como Campus Ciudad. *Ciudad Y Territorio Estudios Territoriales*, 49(192), 265-282.

Cantero, P., Escalera, J., García del Villar, R., & Hernández, M. (2000). Territorio, sociabilidad y valor patrimonial del espacio urbano. Usos sociales del espacio público en el casco histórico de Sevilla. *Zainak. Cuadernos de antropología-etnografía*, (19), 125-140.

Colom Cañellas, A. J. (2010). Capítulo quinto. Aproximación educativa a la antropología del consumo cultural. En *Antropología : horizontes estéticos / Carmelo Lisón Tolosana (ed.) ; Ma Jesús Buxó Rey ... [et al.]*. Anthropos.

Crónica de un paisaje. Descubriendo el Campus de Cartuja. (2018). Catálogo. Universidad de Granada y Junta de Andalucía.

Debord, G. (2003 [1967]). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos.

Fernández, José Antonio (2001). Metodología etnográfica de la historia urbana. *Revista de Antropología Social*, (10),17- 28.

- García Lirio, M. (2020). El (des)conocimiento patrimonial de la UGR: de la teoría a la práctica. *Más Museos Revista Digital*, 2(2).
- González Alcantud, J. A. (2012). *El malestar en la cultura patrimonial: la otra memoria global*. Anthropos.
- González Alcantud, J. A. (2018a). Los museos de sociedad ante la vida líquida, la memoria sólida y la intangibilidad conceptual. *Revista Euroamericana de Antropología*, (5), 7-18.
- González Alcantud, J. A. (2018b). Turismo y patrimonio inmaterial, una alianza obscena. EREBEA. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 8.
- Halbwachs, M. (2004 [1994]). *Los marcos sociales de la memoria* (Vol. 39). Anthropos Editorial.
- Halbwachs, M. (2004 [1968]). *La memoria colectiva*. Edición. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Harvey, D. (2015). The right to the city. In *The city reader*, 314-322. Routledge.
- Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (IAPH). (2018). *Qué es el patrimonio cultural*. Repositorio de activos digitales del IAPH. Recuperado de: <https://hdl.handle.net/11532/324807>
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros.
- López Francés, I. (2010). El grupo de discusión como estrategia metodológica de investigación: aplicación a un caso. Edetania. *Estudios y propuestas socioeducativos.*, (38), 147-156.
- Mena Manrique, A. M., y Méndez Pineda, J. M. (2009). La técnica de grupo de discusión en la investigación cualitativa. Aportaciones para el análisis de los procesos de interacción. *Revista iberoamericana de educación*, 49(3), 1-7.
- Nora, P. (2008 [1984]). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Trilce.
- Olmos Alcaraz, A. (2016). Algunas reflexiones sobre Etnografía Escolar: holismo, extrañamiento y diversidad cultural. *Revista Investigación en la Escuela*, 89, 1-16.
- Pujadas, J. J. (2010). Etnografía. UOC.
- Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social*, (21), 17-35.

- Prats, L. (2011). La viabilidad turística del patrimonio. *Pasos. Revista de turismo y patrimonio cultural*, 9(2), 249-264.
- Querolt, M. A. (2010). *Manual de gestión del patrimonio cultural*. Madrid, Akal.
- Riegl, A. (2019 [1903]). *El culto moderno de los monumentos*. Leya.
- Rockwell, E. (2008). Del campo al texto: dilemas del trabajo etnográfico. En *¿Es la escuela el problema?: perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación* (pp. 90-111). Trotta.
- Smith, L. (2011). El “espejo patrimonial”. ¿Ilusión narcisista o reflexiones múltiples?. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (12), 39-63.
- Tudela Sancho, A. (2016). *La ciudad en la memoria: desafíos para la educación patrimonial y cultural*. En: María de la Encarnación Cambil Hernández y Antonio Tudela Sancho (Coords.). *Educación y patrimonio cultural. Fundamentos, contextos y estrategias didácticas*. Madrid: Pirámide, 177-199.
- UNESCO. (2014). *Patrimonio. Índice de desarrollo de un marco multidimensional para la sostenibilidad del patrimonio*. Indicadores UNESCO de cultura para el desarrollo (manual metodológico), 132-140. Recuperado de: https://es.unesco.org/creativity/sites/creativity/files/iucd_manual_metodologico_1.pdf
- Velasco González, M. (2009). Gestión turística del patrimonio cultural: enfoques para un desarrollo sostenible del turismo cultural. *Cuadernos de turismo*, (23), 237-254.
- Wright Mills, C. (1961). *'Sobre artesanía intelectual'. La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.